

Eres como fruta de temporada
como aquellas que llenan las calles
por allá de octubre, agosto o marzo

Aquellas de néctares dulces
de piel suave
de comeres blandos

Las que llenan de perfumes las bocas
las que escurren mieles
las que invocan cantos

Aquella que espero siempre
por allá de noviembre
enero
o mayo.

Unidas, unidas toda la noche
permanecen las amantes.

Juntas se giran
al dormir,

tan unidas como dos páginas
de un libro
que se leen una a otra
en la oscuridad.

Cada una sabe todo
lo que la otra sabe,
se lo ha aprendido de memoria
de la cabeza a los pies.

Estallar. Romperme en mil pedazos de la gloria.
Sentir que reventaré en el placer de sentirte en mi
centro mismo, en el punto gravitatorio en el que
la parábola rompe su curso. Se me descargan tus
baladros gozosos y me desbarato por dejarte más
espacio y que te expandas más allá de lo permitido.
Escucho el ruido ensordecedor del crujido del goce
cuando se hace pleno y no regresa, se acuartela, a
espasmos, a contorsiones enroscadas que mantienen
el pálpito de la sacudida. Hemos llegado y ya no
importa la muerte. Nos hemos ido y hay un reinado
de espuma que nos reviste.

El tacto

Los árboles conservan algo del sol que persiste
[en las ramas,
Velado como una mujer, que evoca otra época,
Pasa el atardecer, sollozando. Mis dedos trepan,
Temblorosos, provocativos, por la línea de tus muslos.

Mis dedos perspicaces se detienen al encontrar
La carne de pétalo bajo el vestido que abren
Qué curioso, complejo, el tacto, este arte sutil –
Como el sueño de la fragancia, el milagro del sonido.

Sigo despacio los gráciles contornos de tus caderas,
La curva de tus hombros, tu cuello, tus pechos
[apaciguados
En tu voluptuosidad blanca reposa mi deseo,
Desmayado, negándose a sí mismo los besos de tus
[labios.